



Nicolás Bravo.



DON NICOLAS BRAVO

He aquí otro teniente de Morelos, hoy conservado todavía con los rasgos con que la historia lo describe fielmente, pero cuya figura pasará mañana al dominio de la leyenda para agigantarla hasta convertir al guerrero del Sur en héroe. Su vida está tan llena de rasgos de bravura y de generosidad que hacen la tarea del legislador en extremo fácil, pues al narrar hechos magnánimos siente el alma más consuelo que el tener que referir exclusivamente muertes, hecatombes y sucesos desgraciados.

En Chilpancingo, pequeña ciudad del Sur de México, nació don Nicolás Bravo el 10 de Noviembre de 1786. No hizo más que los estudios primarios, pues además de que poseía suficientes bienes de fortuna para no necesitar trabajar, por aquél tiempo la afición al estudio no estaba muy desarrollada entre los habitantes de aquellas cálidas regiones y la indolencia era, como lo es hoy todavía, característica de los surianos; se dedicó a las labores del campo y ya en edad núbil contrajo matrimonio. Vivía en la hacienda de Chichihualco, cercana á Chilpancingo y propiedad de la familia, en compañía de su padre don Leonardo y de sus tíos, don Miguel, don Víctor, don Máximo y don Casimiro, que se dedicaban á las labores del campo y á la administración de la finca.

Cuando resonó en la Colonia el grito de Dolores, sus ecos llegaron hasta aquellas apartadas comarcas y fueron acogidos con simpatía por la familia que tenía que lamen-

tar muchas demasías cometidas por las autoridades españolas; sin embargo, como la región permaneció en quietud, ellos no hicieron nada que diese á conocer sus simpatías pero las autoridades españolas eran demasiado suspicaces y á pesar de que don Nicolás estaba casado con la hija de Guevara, comandante de realistas de Chilapa, como vieran que los Bravo no obsequiaban la invitación que se les había hecho para que levantasen una compañía como habían hecho otras haciendas, empezaron á molestarlos, por lo que resolvieron retirarse todos definitivamente á Chichihualco, y aún allí tuvieron que ocultarse en la cueva de Michapan situada en una barranca de difícil acceso, á la que llevaron armas para defenderse en el caso de que fuesen atacados. Este caso no tardó en presentarse por cierto, cuando menos lo esperaban, pero sí cuando más en aptitud de defenderse estaban.

El Comandante Garrote llegó á Chichihualco con objeto de aprehender á los Bravo pero ignoraba que las fuerzas de Morelos, mandadas por Galeana acababan de llegar á la hacienda donde habían sido bien recibidas, y estaban unos soldados sesteando y otros bañándose, mientras los amos almorzaban. Entonces fué cuando los pintos de Galeana pelearon desnudos, y unidos á los sirvientes de la hacienda derrotaron á Garrote, que dejó cien fusiles y bastantes prisioneros. Los Bravo se vieron con esto comprometidos á tomar parte decididamente en esta revolución, á la que dió no poca importancia esta familia y la de Galeana, ambas respetadas en aquella región, y fueron desde entonces los oficiales de mayor confianza de Morelos. Unicamente don Casimiro Bravo que accidentalmente no se encontraba ese día en la hacienda, no tomó parte en la revolución y permaneció neutral durante toda la lucha. (Mayo de 1811.)

Don Nicolás acompañó con el carácter de subalterno á Morelos en toda la primera campaña del Sur y en Chiautla estuvo á las órdenes de su tío don Miguel con un grado menos inferior; después quedó á las de su padre y mandando una sección de las tropas de éste, se separó de Galeana en Tepe-

coaculco para ir en auxilio de Morelos, que en su avance sobre Izúcar, se hallaba amenazado por Soto Maceda. No pudieron llegar á tiempo porque el jefe español adelantó el ataque, y quedó herido y derrotado, perdiendo su artillería y á su segundo Ortiz, pero sí reforzaron al caudillo que entró á Cuautla, donde dejó á aquéllos mientras él seguía para Tasco. Bravo tomó parte en los combates de Tenancingo y Tecuajoya y se portó tan bizarramente que Morelos empezó á distinguirlo, y ya le dió mando superior.

El famoso sitio de Cuautla fué también una piedra de toque del valor y pericia de don Nicolás Bravo. Concentrados en esa población, como punto estratégico, los elementos más valiosos de la insurrección encabezados por Morelos, que había llegado á ser el único objetivo los realistas, éstos comprendieron que era preciso reconcentrar allí también lo mejor del ejército virreinal, para de una vez acabar con la guerra que se prolongaba demasiado, en concepto del virrey Venegas.

Mientras Morelos subía al valle de Toluca, don Leonardo estaba en Cuautla fortificándose por orden suya. Llegado Morelos y con noticias de la aproximación de las fuerzas de Calleja, se resolvió la defensa hasta lo último. Bravo no tuvo al principio mando especial, pero habiendo salido su padre en busca de provisiones y auxilios, quedó en la división de don Hermenegildo Galeana, y en ella tuvo frecuentes ocasiones de distinguirse. Se incorporó en Chiautla, y bajo las órdenes de Morelos hizo toda la campaña hasta Tehuacán donde recibió el nombramiento de comandante militar de la provincia de Veracruz, y como tuviese noticia el general del movimiento de convoyes que por aquellos días había, ordenó á Bravo que los atacase.

Por esos días era preciso hacer pasar de Veracruz á Puebla una fuerza armada para custodia de un gran convoy y de la numerosa correspondencia de España que se había acumulado en la primera población, y que después regresara amparando otro convoy de harinas y varias otras mercancías

para el abastecimiento de aquella plaza. Esto era indispensable para los realistas; y en tal virtud el Gobernador de Veracruz, Dávila, dispuso que don Juan Labaqui, que no era militar de profesión, pero sí de reconocida capacidad para el caso, saliese con 300 infantes, sesenta caballos y tres piezas de artillería ligera, fuerza que se consideró suficiente en vista de que los insurgentes estaban lejos. Era Labaqui de origen español y se tenía gran confianza en su cometido; como en Veracruz se ignoraba que Morelos se encontraba en Tehuacán, Labaqui esquivó el camino llano de Jalapa, que estaba obstruido por los insurgentes, y se dirigió por el de las Villas hacia Orizaba, no sin tener algunos encuentros de escasa importancia; subió luego hasta Acultzingo, y llegó á la llanura que se extiende hasta Puebla, alojándose en el pueblo de San Agustín del Palmar; punto al cual se dirigió Bravo con unos seiscientos hombres, entre los que se contaban doscientos indios de la costa, hombres aguerridos y resueltos, y sobre todo, ya bastante experimentados.

Aunque Bravo caminó toda la noche y llegó al amanecer del 19 de Agosto á las inmediaciones del Palmar, lo encontró ya ocupado por las fuerzas de Labaqui y no le quedó otro recurso que batirlo; Labaqui se atrincheró en la población y resistió durante dos días con sus noches, pero dominado por los insurgentes que se habían apoderado de las alturas del Calvario y ocupado por ellas el pueblo, fué atacado á la bayoneta en su propio domicilio, y cayó con el cráneo hendido de un sólo machetazo que le dió un negro suriano. Los realistas tuvieron más de cuarenta muertos, algunos heridos, dejaron doscientos prisioneros y perdiendo íntegro el convoy. Regresó á Tehuacán con sus heridos y en el camino encontró el refuerzo que le enviaba Morelos, del que ya no tenía necesidad; entregó á Morelos la espada de Labaqui y salió para Veracruz atacando en Puente del Río á otro convoy que iba á Jalapa y al que hizo bastantes prisioneros. Estos repetidos triunfos sembraron el pánico entre los realistas, y Castro Terreneo temió verse atacado en Puebla.

Bravo partió á Medellín y allí recibió la infausta nueva de que don Leonardo, su padre, había subido al cadalso en el ejido de México, el día 13 del mismo mes, condenado á sufrir la pena de muerte en garrote vil. Indignación y dolor profundo causó esta noticia en el ánimo del héroe del Palmar. La noticia le fué comunicada por Morelos, quien facultó para indultarse si con esta condición le salvaba la vida á don Leonardo, y le mandó que en justa represalia fusilara á los prisioneros que tenía en su poder.

Don Nicolás Bravo pensó por un momento acogerse al indulto que se le ofrecía para salvar la vida de su padre, pero recordando el caso de los señores Orduña comprendió que muy poco ó nada podía fiar en las promesas de los españoles; esos Orduña eran hermanos, Don Juan y Don Rafael, vecinos acomodados de Tepeacoahuaco, no se sublevaron, pero huyeron á su rancho cuando llegó el realista Andrade, que consiguió aprehender al segundo, al que puso en capilla, y mandó decir al primero que si no se presentaba inmediatamente fusilaría á su hermano al día siguiente. Don Juan, tanto para salvar la vida de su hermano cuanto para demostrar que no era insurgente, se presentó, y entonces Andrade puso en capilla y fusiló á los dos hermanos. En cuanto á la orden que recibió de Morelos para fusilar á los prisioneros de españoles, Bravo pensó obedecerla, y en el momento que la recibió mandó poner en capilla á los trescientos que tenía en Medellín y ordenó al Capellán Sotomayor que los auxiliase; pero en la noche, no pudiendo conciliar el sueño, reflexionó que esas represalias disminuirían mucho el crédito de la causa nacional, y que observando una conducta contraria á la del Virrey, podría conseguir mejores resultados; sin embargo, tenía una orden que no podía desobedecer: pasó toda la noche pensando en lo que debía hacer, hasta que en la madrugada se resolvió á perdonar á los presos de una manera que se hiciese pública y surtiese efecto en favor de la causa nacional. A las ocho de la mañana mandó formar la tropa, hizo sacar á los realistas y les dirigió

la palabra diciéndoles que el mismo Virrey los había condenado á muerte, pero que él (Bravo), no queriendo ejercer represalias, les perdonaba la vida y les daba su libertad. Con lágrimas de gozo acogieron los condenados á muerte aquellas palabras, y sólo cinco, que eran comerciantes, pidieron sus pasaportes y uno de ellos, poco tiempo después, regaló al insurgente el paño suficiente para vestir un batallón. A envidiable altura se encumbró Don Nicolás con tan generoso rasgo.

Morelos no aprobó la conducta de Bravo; sin embargo, por su parte, tampoco cumplió su amenaza de fusilar los cuatrocientos prisioneros realistas que tenía en el presidio de Zacatula.

Con el carácter de Comandante de Veracruz empezó Don Nicolás á expedicionar por la provincia, y unido á las fuerzas que allí había atacó á Jalapa, que no pudo tomar, pero situado en el puente del Rey impidió el comercio del puerto y estableció una contribución, ue ingresó á los fondos de la guerra; en esa posición impedía el paso de un convoy de cuatro millones de pesos que iba para Veracruz, y sólo la astucia del jefe español consiguió hacerlo pasar por otro punto; sin embargo, no era posible dejar aquel punto en poder de los insurgentes, y fuerzas superiores se encargaron de desalojarlo, así como de rechazarlo de Tlaliscoyan y Alvarado, que también intentó ocupar, no quedándole más recurso que retirarse á San Juan Coscometepec, lugar estratégico que se apresuró á fortificar, (Mayo de 1813). Por entonces, los guerrilleros de la provincia, disgustados de régimen moralizador que procuraba implantar, lo acusaron ante Morelos, que por esa ocasión no dió ninguna importancia á la acusación.

El 28 de Julio fué atacado por las fuerzas superiores de Conti, y las hizo retroceder con grandes pérdidas, dedicándose desde entonces con más ahinco á terminar las fortificaciones, porque supo que una verdadera división iba á atacarlo. Para la causa realista era indispensable impedir á toda costa que se hiciese fuerte en Coscometepec; pues desde el sitio de Cuautla, Ca-

lleja, que había palpado los sacrificios que ello significaba, ordenó que por ningún pretexto se diese tiempo á los insurgentes de fortificarse en ninguna parte; por tanto, hizose formar una división por el Conde de Castro Terreño, compuesta del Batallón de Asturias y otros Cuerpos, fuerte en 1,000 hombres y cuatro cañones, y se designó para jefe de ella al Teniente Coronel Cándano, quien en unión de Conti se presentó á la vista de Coscometepec el 5 de Septiembre y empezó desde luego á batirla. Pero Bravo, á quien por la parte de afuera ayudaba eficazmente Machorro, la defendió bien, y después de 24 días y de varios asaltos infructuosos, sin que Cándano lograrse apoderarse de la posición mantenida por los patriotas, el Virrey dispuso que tomase el mando de las fuerzas sitiadoras Don Luis del Aguila, Comandante de la provincia, á quien se juzgaba muy competente para el caso y que en efecto activó de tal modo el sitio, que obligó á Bravo á pensar seriamente en romperlo, escaso como estaba, de víveres y municiones.

A las once de la noche del 4 de Octubre, después de un asedio de setenta días, después de clavar sus dos cañones grandes y enterrar los pequeños, decidió la salida, que sus soldados aprobaron; dejó encendidas las lumbradas y ató los perros á las sogas de las campanas para que con el repique que aquéllos hiciesen, creyesen los sitiadores que aún estaban allí los sitiados, y en muy buen orden se salió con toda la fuerza y con los habitantes, pasó por el punto del río donde Machorro había derrotado á un destacamento y llegó á Ocotlán, donde dejó á los pacíficos, y siguió á Huatusco sin que nadie lo sintiese ni menos lo molestase. Aguila se desquitó arrasando el pueblo y fusilando las imágenes de los Santos. Morelos, que nunca dejaba abandonados á sus Tenientes, había enviado en socorro de Bravo á Arroyo y á Matamoros, pero sabiendo éstos que el sitio estaba roto y que un convoy de tabaco estaba cerca, lo atacó el segundo y se apoderó de él, haciendo perder á los realistas 600 hombres y apoderándose del Comandante Cándano,

que fué fusilado. Bravo cooperó á aquel hecho de armas.

Por orden de Morelos regresó al Sur para contribuir á la desgraciada expedición sobre Valladolid, y en Cutzamala se unió con los demás Generales; cumplió con su cometido de apoderarse del fortín de la garita del Zapote; pero atacado por todos lados, por la llegada de Iturbide, perdió su infantería, tres cañones, parque, y 233 prisioneros, que fueron fusilados inmediatamente; también se batió en Puruarán, y por verdadera casualidad escapó de caer prisionero. Retrocedió al Mexcala y sufrió varias peripecias y algunas derrotas, demostrando en general poca actividad, debido á que el Congreso no era muy afecto á operaciones militares; cuando este Cuerpo resolvió trasladarse á Tehuacán, Bravo fué uno de los que lo escoltaron, y mandando la izquierda estuvo en la acción de Tezmalaco, en la que cayó prisionero Morelos, no cayendo aquél, por haberle mandado el Generalísimo que siguiese dando escolta á los Diputados para que el Congreso íntegro no quedase en poder de los realistas.

En Tehuacán fué nombrado Don Nicolás miembro del Tribunal Supremo, con lo que se le quitaba el mando de tropa, desacierto muy grande que no duró mucho tiempo, pues disuelto el Congreso por un pronunciamiento, Bravo, que permaneció extraño á los sucesos que lo originaron, salió para la provincia de Veracruz, donde Victoria lo recibió mal y lo invitó á volverse al Sur; caminó rápidamente por Chalchicomula y Tepeji, se encargó del mando de la gente de Guerrero, que estaba herido, y sin ningún tropiezo llegó á Ajuchitlán. Allí, unido á Galeana, (Don Pablo), se negó á reconocer á Rayón (Ignacio), é hizo salir á Don Ramón Rayón, enviado para someterlo, de su jurisdicción. Durante el resto del año de 1816 descansó Bravo de sus tareas militares y pasó algunas temporadas en su hacienda de Chichihualco; es cierto que Armijo lo persiguió poco y por eso gozó de alguna tranquilidad. Cuando la expedición de Mina, que volvió á poner en agitación al país, Rayón trató de hacer

fuerte en Jaujilla, pero la Junta de Uruá-pam, que quiso acabar de una vez con sus pretensiones, lo mandó prender y encomendó este encargo á Bravo, que lo cumplió sin dificultad y que condujo al preso á Patambo; se situó en seguida en Ajuchitlán, donde unido á Don Benedicto López empezó á organizar algunas fuerzas (Mayo de 1817), y á hostilizar á los realistas de Zitácuaro, y aun obtuvo algunas ventajas; éstas lo decidieron á fortificar á Cópore, en donde rechazó al realista Mora, pero no pudo resistir mucho tiempo, y el primero de Diciembre tuvo que abandonar el fuerte al ser atacado por Márquez Donallo, y echándose por un voladero sufrió algunas confusiones; á pie y con mil trabajos recorrió treinta leguas, hasta el Atascadero, donde consiguió un caballo que lo llevó á Huetamo.

No repuesto de sus heridas trató de liberar á Rayón y á Verduzco, que acababan de ser cogidos prisioneros, pero no lo pudo conseguir, á pesar de que obligó á los realistas á encerrarse en la iglesia de Ajuchitlán; se dirigió, sin embargo, al paso de Coyuca, fortificándolo ligeramente, pero habiéndolo flanqueado Armijo, dejó sus soldados á Guerrero y se dirigió á lo más escondido de la Sierra para curarse de las heridas que había recibido en Cópore. Armijo, sabedor de esto, emprendió á marchas forzadas el camino del rancho de Dolores, y el 22 de Diciembre de ese año de 1817 aprehendió á Bravo y en unió de los demás presos lo condujo á Cuernavaca. Realistas é insurgentes se interesaron por la suerte de Don Nicolás, y el mismo Armijo subió á México llevando una solicitud firmada por su padre y por toda la división pidiendo la libertad del prisionero; consiguió del Virrey una suspensión y que se empezase una causa á todos los insurgentes notables, pues los soldados ya habían sido fusilados, y consiguieron salvar la vida Bravo, Rayón, Verduzco y otras veinticinco ó treinta personas.

Dos años estuvo Don Nicolás con una barra de grillos en los pies, su ocupación era hacer cigarreras de cartón para ven-

derlas; su familia, entre tanto, vivía á expensas de la liberalidad del español Don Antonio Zubieta, pues los bienes de la familia habían sido confiscados; "en las visitas de presos que el Virrey hacía con la Audiencia en las Pascuas y Semana Santa, nunca pidió nada, nunca se quejó de nada, y el Virrey, que en una de estas ocasiones lo socorrió con una onza de oro, solía decir que siempre que veía á Bravo, le parecía ver á un monarca destronado." En Octubre de 1820, al restablecerse la Constitución española, fué puesto en libertad y recogió la población de Izucar y después la de Cuernavaca como lugar de su residencia, permaneciendo allí hasta que Iturbide proclamó nuevamente la Independencia en Iguala; dos veces tuvo que invitar á Bravo para que se le uniera, pero éste, desconfiando, y con razón, de aquél, no le contestó, sino hasta que un mensajero del nuevo insurgente habló largamente con él; inmediatamente marchó al Sur, reunió algunos hombres y volvió sobre Izúcar y Atlixco, tan rápidamente, que Hevia no pudo alcanzarlo; los antiguos insurgentes de los Llanos de Apam acudieron á ponerse á las órdenes de Don Nicolás, que al fin se situó en Huejotzingo, amenazando á Puebla, ocupó Tlaxcala y Huamantla y aumentó considerablemente sus fuerzas con soldados de las tropas españolas. En Tepeaca se unió á Herrera, que mandaba la columna de granaderos imperiales, y rehusó el mando superior, que le correspondía; Hevia consiguió rechazarlos, y habiendo resuelto Herrera dirigirse á las Villas, Bravo decidió quedarse en los Llanos con su caballería, y allí rechazó al sanguinario Concha, terror de la comarca, ocupó Pachuca, y después de Hidalgo en Octubre de 1810, fué el primer insurgente de valer que más se acercó á México, pues estuvo en San Cristóbal Ecatepec; en Tulancingo estableció su mastranza y una imprenta, y el 14 de Junio, después de dos meses de campaña, se acercó á Puebla para sitiaria, contando ya con un ejército de 3,600 hombres, mandado por los antiguos Generales insurgentes.

Habiendo llegado Herrera con su división

se estrechó de tal manera el sitio, que el 10 de Julio Llano entró en parlamento, pero como sólo se avino á tratar con el primer jefe, se estipuló (día 17) un armisticio y al fin se rindió la ciudad, haciendo en ella su entrada el ejército nacional, mandado por Iturbide, el 2 de Agosto, en medio del regocijo de los habitantes. Bravo, con su división, marchó con estudiada lentitud sobre México, cuyo sitio iba á empezar, pero que al fin no se verificó por haber entregado el mando y el ejército las autoridades españolas; con el ejército trigarante entró Bravo en la vieja Tenochtitlán, el memorable 27 de Septiembre de 1821, viendo ese día coronados sus esfuerzos de diez años y realizada la ilusión que lo llevara á tomar las armas en 1811.

El resto de la biografía de Bravo no pertenece ya á este libro y por lo mismo procuraremos nada más decir algunas palabras acerca de sus hechos. De mala gana aceptó el Imperio de Iturbide, y cuando éste cayó, á petición suya fué Bravo encargado de conducirlo á la costa, demostrando alguna severidad en su cometido, pues veía en aquél á un prisionero político y no á un Emperador que voluntariamente había abdicado y que se dirigía al destierro. Formó parte del poder ejecutivo, (1823) y después se le eligió para Vicepresidente de la República en 1824; tuvo alguna participación en nuestras divisiones políticas y se vió desterrado á Guayaquil; varias veces fué Presidente de la República en cortos períodos, siendo la última vez en 1847, ya invadido el centro del país por los anglo-americanos; el 13 de Septiembre de ese año se batió en Chapultepec con los invasores, mandando á los alumnos del Colegio Militar allí establecido, y cayó prisionero. Terminada la guerra se retiró á la vida privada y fuese á vivir á su hacienda de Chichihualco, donde murió el 22 de Abril de 1854. En 1886 el Gobernador de Guerrero, Arce, celebró el centenario de Bravo erigiéndole una estatua en Chilpancingo.

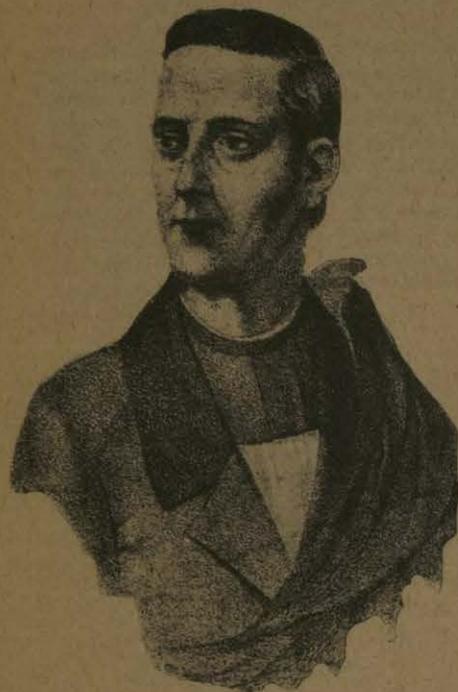
La figura de Don Nicolás Bravo se destaca imponente y magestuosa en la historia, y siempre digno por sus hazañas, es-

clarecido por sus levantados sentimientos, es y será en todo tiempo la honra y la gloria de la patria, dice uno de sus biógrafos. El atildado escritor Don Rafael Angel de la Peña escribió un notable artículo en el que hace un paralelo entre César y Bravo, que es digno de leerse, y numerosos son los escritores que se han ocupado de este personaje de la revolución mexicana, que es uno de los más populares de ella y el que más simpatías despierta; el teatro también ha llevado á la escena sus principales hechos, y en los días del Centenario, probablemente, se representará una ópera cuyo argumento es, "Bravo en Medellín," de la que escribió el libreto el conocido literato y hombre público Don Ignacio Mariscal, que poco há bajó á la tumba.



IGNACIO MARISCAL
"BRAVO EN MEDELLIN"
R. A. N. S.

IGNACIO MARISCAL



P. Mariano Matamoros.



DON MARIANO MATAMOROS

Fué el segundo de Morelos, y esto sólo basta para dar idea de su capacidad, de su genio y de su patriotismo, pues el héroe del Sur sabía escoger á sus hombres y elevarlos según sus méritos, aun cuando no hubiesen tenido ocasión de darlos á conocer todavía. A él lo puso sobre toda esa pléyade de Generales improvisados que tan bien supieron secundar los proyectos del caudillo y que hicieron estremecer en su Palacio al Virrey, á pesar del poder que ejercía y de los elementos que en tres siglos de no disputada dominación había acumulado el Gobierno español.

Se ignora la fecha y el lugar del nacimiento de Matamoros, pues no ha sido posible encontrar dato alguno, si bien no se han buscado con la solicitud que se debiera. La historia lo encuentra en 1811 en su Curato de Jantetelco, perteneciente al Arzobispado de México, pero no obstante esto, creemos que cuando se disipen las nubes que cubren los primeros años de su vida, se sabrá que fué originario del Obispado de Michoacán, habiendo nacido por los años de 1770 á 1776; si ha de juzgarse por lo que fué después, no es aventurado afirmar que sus estudios fueron brillantes y acaso hechos en el colegio de San Nicolás, de Valladolid, casi al mismo tiempo ó un poco antes que los del mismo Morelos, pues se ha averiguado ya que ambos se conocían antes de 1810, y que Hidalgo también conocía á Matamoros. En la carta á que hiel-

mos referencia en la biografía de Morelos, se habla del Cura interino de Jantetelco, diciéndose que estuvo en Dolores á visitar al iniciador de la Independencia, y que se fué muy entusiasmado y á disponerse para la gran función, ó sea para empezar la revolución, el 29 de Octubre de 1810, como estaba convenido. Ignoramos qué vicisitudes de fortuna fueron las que llevaron á Matamoros al Curato de Jantetelco, pueblillo casi perdido en las últimas estribaciones de la Sierra Nevada, y tan distante de la provincia de Michoacán.

Sea de esto lo que fuere, inútil es perder el tiempo en hacer suposiciones, por lo que nos atendremos á lo que ya está averiguado. Matamoros era de los conspiradores de 1810, y si no se lanzó á la revolución al tener noticia del grito de Dolores, debe haber sido porque aún no contaba con los elementos suficientes para ello, y porque ese grito se adelantó; sabedor desde su Curato de los primeros pasos de la revolución, no pudo, como Morelos, ir en busca de Hidalgo, y permaneció en observación de los acontecimientos, que no tardaron en ser adversos para la causa con la dispersión de Aculco. Sin embargo, no ocultaba sus inclinaciones y simpatías en favor de la Independencia y nada más esperaba una oportunidad para unirse á ellos; esas inclinaciones fueron causa de que los Comandantes realistas lo molestasen continuamente, y por último, de que Roca fuese decidido á prenderlo; Matamoros no lo esperó, sino que dejando su Curato al saber la aproximación de Morelos, caminó rápidamente hacia Izúcar, y el 16 de Diciembre de 1811 se le presentó; como ya se conocían, el segundo empezó inmediatamente á utilizar sus servicios y no lo tuvo como á Bravo, bastante tiempo de subalterno, sino que á los muy pocos días le dió el grado de Coronel, medida que causó algunos celos entre los demás jefes insurgentes.

Después de permanecer algunos días al lado de Morelos en la excursión á Tasco, estuvo en las acciones de Tecualoya y Tenancingo, en la última de las cuales entró en fuego mandando una sección, y donde

obtuvo su grado de Coronel; el 9 de Febrero de 1812, que entraron los insurgentes en Cuautla ya mandaba una parte del ejército, y el 19, día del ataque de Calleja, mandada en la Hacienda de Buenavista, en unión de Don Víctor Bravo, y cuando se formalizó el sitio quedó en el mismo sitio. Como empezáran á escasear los víveres, á pesar de los esfuerzos hechos por los insurgentes de afuera para introducirlos, fué enviado Matamoros, llevando á sus órdenes al Coronel Perdísz, cerca de Don Miguel Bravo para intentar la entrada de un convoy: la noche del 21 de Abril rompieron el sitio por el punto de Santa Inés; Perdísz murió, pero el ex-Cura de Jantetelco consiguió llegar á Ocuilco y á la barranca de Tlayacac, donde Bravo tenía sus provisiones, y ambos se dirigieron á la Barranca Hedionda en la madrugada del 27, y con gran brío atacaron el campamento de Llano, mientras otro Cuerpo atacaba el de Calleja y los sitiados hacían una vigorosa salida; el Batallón de Lobera fué desbaratado; pero la nueva batería de Amelcingo rechazó á los asaltantes y la combinación se frustró, con lo que la plaza no pudo ser socorrida, y Morelos decidió abandonarla.

En Chiautla se unió á Morelos con la escasa gente que mandaba, y de ahí pasó á Santa Clara, donde se ocupó de organizar su tropa; á fines de Junio llegó á Izúcar, donde tuvo conocimiento del bando publicado el 25 de Junio, en el cual el Virrey desaforaba á los eclesiásticos que tomaran parte en la revolución; para demostrar Matamoros que los insurgentes no vulneraban los derechos de esos eclesiásticos al Regimiento de dragones que organizó, le dió el nombre del Apóstol San Pedro y le asignó por bandera un estandarte negro con una cruz roja semejante á la que usan los Canónigos en las ceremonias de la Señá, con la inscripción "Inmunidad eclesiástica." Don Manuel Terán fué el auxiliar de Matamoros en Izúcar, y con él consiguió hacer unos regulares y bien montados cañones. Acabada de organizar la división de este jefe se presentó en Tehuacán, donde Morelos lo nombró su segundo, y lo hizo salir para

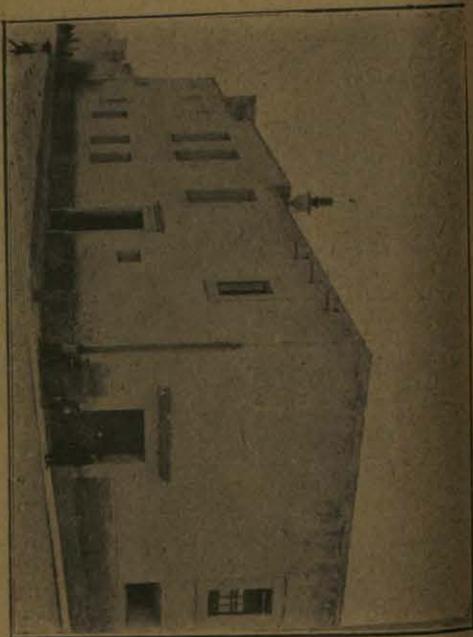
Oaxaca, cuya plaza iba á ser atacada. Tomó á su cargo el ataque del fortín del Marquesado, que Terán derribó al segundo tiro, y entró á la ciudad, mientras Galeana entraba por otro rumbo y se dirigía á Santo Domingo; en el Carmen se encontró Matamoros con la resistencia que le hacían los religiosos españoles; fácilmente los venció é hizo prisionero al Comandante Régules, que se había escondido en un sepulcro.

Realizado este hecho de armas, donde culminó la fortuna de Morelos, Matamoros se situó en Yanhuitlán en observación de los Mixtecas en Enero de 1813, pero habiendo enviado tropas á Oaxaca el Capitán General de Guatemala, salió Don Mariano contra ellas (Abril), y las alcanzó en Tonalá el 19 de ese mes; la derrota que sufrió Dambrini fué completa y se vió perseguido hasta más allá de la línea divisoria. El 28 de Mayo hizo Matamoros su entrada triunfal en Oaxaca, vestido con el uniforme de Mariscal de campo y siendo objeto de calurosas felicitaciones: como premio de su victoria recibió el grado de Teniente General, lo que fué materia de rivalidades y celos entre los demás jefes. Vuelto á Yanhuitlán se ocupó activamente en disciplinar á sus soldados, proveerse de pólvora y municiones, fabricar cañones y arreglar las milicias de la provincia, pues era incansable y activísimo y siempre estaba ocupado en hacer algo útil y en hacer que los demás también lo hicieran; como su jefe, Morelos, atendía á todo, por insignificante que pareciese.

No veía, según parece, con muy buenos ojos, á Don Nicolás Bravo, y, sin embargo, corrió en su auxilio, como lo vamos á ver. Comprendiendo que la ociosidad es un mal para el soldado, discurrió de acuerdo con Morelos una nueva expedición á Izúcar, y el 16 de Agosto salió para ella, pero al llegar á Tehuicingo supo que Bravo estaba sitiado en Coscometepec y necesitado de auxilio; con rapidez reunió las diversas partidas que había más cerca y tomó el rumbo de Chalchicomula, pero en el camino recibió la noticia de que el sitio había sido roto y que Bravo estaba en salvo: al

mismo tiempo supo que la tropa realista se disponía á pasar un convoy que estaba detenido por causa de las operaciones del sitio, que exigían muchos soldados; determinó atacar á ese convoy, que iba al mando del Teniente Coronel Don Manuel Martínez y del Comandante Cándano. En la hacienda de San Francisco dispuso el plan de ataque el 13 de Octubre, y ordenó á diversos jefes que salieran en observación del enemigo, en tanto que Zavala empezaba á hostilizarlo. Al día siguiente fué el ataque entre San Agustín del Palmar y Quechula, y tan empeñado estuvo, que llegaron á la bayoneta los contrincantes; Cándano formado en cuadro caminó dos leguas, pero á metrallazos fué desorganizado casi á las puertas de Quechula; Morán, que iba á la vanguardia, consiguió salvar parte del tabaco, pero todo lo demás se perdió, y los soldados, todos españoles, del Batallón de Asturias, no tuvieron otro recurso que tirar las armas y rendirse al grito de "Viva la América," y fueron hechos prisioneros: los realistas perdieron 215 muertos, 368 prisioneros, entre ellos muchos oficiales, y 521 fusiles, sin contar el convoy. Los prisioneros fueron conducidos á San Andrés y sólo Cándano y un oficial mexicano fueron fusilados; Matamoros celebró con salvas y repiques su victoria, y envió los prisioneros á Acapulco. Aquella victoria se hizo notable por ser la primera vez en que combatiendo de una parte puras tropas españolas y de la otra mexicanas, quedaron derrotadas las primeras, que ya, por cierto, habían sufrido gran quebranto en el sitio de Coscometepec; el Virrey llegó á preocuparse tanto por el suceso, que hasta pensó en el primer momento salir á ponerse al frente del ejército; Castro Terreño, Gobernador de Puebla, que ordenó la salida del convoy, fué depuesto; Martínez estuvo procesado y salió condenado á ser dado de baja por incapaz, y Aguila también fué sumariado. El nombre de Matamoros se hizo muy conocido en toda la Colonia y los afectos á la Independencia cifraron en él sus esperanzas.

No permaneció mucho tiempo ya en el



Carcel del Obispado de Morelia, donde estuvo preso Matamoros

Handwritten notes in blue ink on the left page, including the name "ALFONSO" and other illegible scribbles.

Oriente, pues llamado por Morelos volvió al Sur y se situó en Tepecoacuilco, de donde marchó á Tlalchapa, y ya unido al resto del ejército se dirigió á Valladolid; derrotados allí, se retiraron á Zatzio y á Puruarán, donde Don Mariano, por instrucciones de Morelos, dió la famosa batalla de Puruarán, en la que se eclipsaron todas sus glorias y él perdió la libertad al buscar paso por el río, pues el puente había sido ocupado por los realistas. Los prisioneros hechos fueron fusilados en el mismo campo de batalla, y sólo Matamoros fué conducido á Valladolid, engrillado, y sobre una mula aparejada, en Pátzcuaro se le puso á la expectación pública, y durante el camino no se le trató nada bien; por último, llegado á Valladolid fué fusilado, sin formarse gran proceso, el 3 de Febrero de 1814, en el portal que hoy lleva su nombre y donde se lee una inscripción alusiva. Morelos escribió al Virrey proponiéndole el cange de Matamoros por doscientos prisioneros de los Cuerpos expedicionarios que tenía en la costa, pero esta proposición llegó tarde, y aunque hubiera llegado oportunamente, no habría sido aceptada, pues el Gobierno español conocía toda la importancia de su prisionero.

El Congreso de 1823 declaró á Don Mariano Matamoros benemérito de la patria y mandó escribir con letras de oro su nombre en el salón de sesiones. Los restos del héroe, depositados provisionalmente en la capilla de los Terceros de San Francisco, de Morelia, la tarde de la ejecución, fueron trasladados á México en 1823 y enterrados en el altar de los Remedios de la Catedral de México.

Morelos quedó privado de su brazo derecho y no volvió á tener fortuna en ninguna de las empresas que acometió, pues parece que con la muerte de Matamoros aquel jefe hasta la facultad de discurrir acertadamente perdió.



DON LEONARDO BRAVO

El jefe de la numerosa familia que en el Sur se lanzó decidida á luchar por la causa nacional y que supo morir por ella, bien merece un lugar distinguido en esta galería de caudillos independientes.

Era nativo de Chilpancingo, donde nació el año de 1764, de una acomodada familia española; creció cerca del campanario que le vió nacer y vivía de la labranza, en compañía de sus cuatro hermanos, de su esposa y de su hijo, ya en la citada población, ya en la cercana hacienda de Chichihualco, que era la propiedad más importante que tenía la familia. Hasta sus oídos llegó muy debilitado el eco del grito de Dolores, y aunque no empuñó inmediatamente las armas para secundarlo, ni él ni ninguno de su familia ocultaron sus simpatías por la causa independiente, lo que fué causa de que fuesen mirados con prevención por las autoridades realistas de Chilpancingo y de que para librarse de vejaciones se fuesen á vivir á Chichihualco, donde tuvieron que refugiarse en las cuevas inaccesibles de Michapa, que conocían perfectamente.

La llegada de Galeana con las avanzadas de Morelos y la presencia del Comandante Garrote, que iba á aprehender á los Bravo, fué causa de un conflicto en el que los propietarios ayudaron á los insurgentes contra los realistas, y de que su filiación netamente independiente quedase fijada, por lo que ya no tuvieron más remedio que

seguir á Morelos, que no tardó en presentarse y que tenía muy buenas referencias de sus nuevos soldados, (Mayo de 1811). Con la derrota de Garrote hizose llana la ocupación de Chilpancingo y de Tixtla y aun la de Chilapa. Morelos retrocedió, una vez realizadas estas conquistas, al Veladero, donde reprimió la conspiración de Tabares y encargó á Don Leonardo el castigo de los traidores, así como la administración de la provincia de Tecpan, que acababa de crear Morelos; aquél supo secundar el pensamiento de éste y se ocupó de buscar cuevas de salitre, de construir sacos y útiles de guerra, reparar y cuidar el armamento, expedir pasaportes, etc. Decidida la segunda campaña, llamó á Don Leonardo para que tomase parte en ella, y al efecto le confió el mando de una división que fué á operar sobre Izúcar y que atacada por Soto (17 de Diciembre), derrotó completamente á éste.

El 25 de Diciembre fué ocupada Cuautla, y mientras Morelos salía á expedicionar, Bravo levantaba trincheras, acopiaba víveres, instruía gente y adoptaba las medidas necesarias para defender la plaza si era necesario, ó para que tuviesen un refugio los insurgentes en el caso de que resultasen derrotados en la expedición de Tenancingo y Tecualoya. Decidido el sitio de Cuautla, ó el de Cuernavaca, pues ambas poblaciones ocupaban los insurgentes, Bravo activó las fortificaciones de la primera y cuando el asalto del 19 de Febrero se le confió la posición de Santo Domingo, donde rechazó á los enemigos que se le presentaron. Continuó en el mando del punto durante todo el sitio y supo rechazar los ataques que sufrió, así como contribuir á las diferentes salidas que se hicieron; consiguió dejar la plaza en la madrugada del 2 de Mayo cuando salió todo el ejército, y por causa de la dispersión sufrida se dirigió, en unión del Teniente Coronel Don Manuel Sosa, de Don Mariano Piedras, y de veinte hombres mal armados, á la hacienda de San Gabriel, perteneciente á Don Miguel Yermo, con el fin de alojarse y pasar la noche del día 5. Aunque la mayor parte

de los empleados y sirvientes ó habían salido huyendo ó estaban en el ejército de Calleja, algunos habian vuelto después de que Morelos dejó la hacienda en Diciembre anterior, y por lo que se les pudiese ofrecer, tenían enterrados un cañón, armas y buena cantidad de municiones.

Capitaneados por un filipino y reunida la gente, desarmaron á la escasa fuerza insurgente y aprehendieron á Bravo y á sus compañeros cuando estaban comiendo, y á pesar de que se defendieron valientemente, pues Bravo era hombre de mucha fuerza corporal; no considerando seguros á los presos, los llevaron á la barranca de Tizapotala, en la misma finca distante tres leguas de la casa, y establecieron rondas para cuidar los caminos; atraparon al Teniente Coronel insurgente Luciano Pérez, que llevaba doce hombres y solicitaron auxilio á Cuautla, de donde Calleja envió al administrador de San Gabriel y á Armijo, que llevó á los presos á aquella población; de allí el General español lo trajo á México, así como á Piedras y á Pérez.

El oidor Bataller formó la causa, en la que entre otros cargos se le hacía el de que "no contento con adoptar este partido (el de la Independencia), sedujo y atrajo á él á su hijo, hermanos, resto de familia y cuantos vecinos tuvieron la debilidad de prestar oídos á sus especiosas seducciones, ya valiéndose de los vínculos de la sangre, amistad, ascendencia y, últimamente de la fuerza. Este mismo interés mostró en año y cuatro meses que estuvo bajo aquellas banderas, obrando unas veces por sí y otras en consorcio de otros." Aquella causa, que se llevó con lentitud, no tenía más objeto que conseguir que Don Nicolás y los hermanos de Don Leonardo se separasen de la revolución; al efecto, el Comandante Fuentes, del Sur, escribió á Don Casimiro Bravo y éste á sus hermanos, instándoles para que dejasen las armas, y á Don Nicolás se le ofreció el indulto y la vida de su padre. Ya hemos visto en la respectiva biografía las causas que aquél tuvo para no indultarse. Morelos, por su parte, escribió al Virrey proponiendo el cange de Don Leonardo por

ochocientos prisioneros que tenía en diferentes puntos, proposición á la que ni quiso contestar Venegas, pues creyó rebajarse tratando con un insurgente.

Bravo y sus dos compañeros Piedras y Pérez, sufrieron la pena de garrote vil en la calzada del Egido, de esta capital, el 13 de Septiembre de 1812; el primero, sobre todo, "dió pruebas de gran firmeza en sus últimos momentos, como las había dado también de valor en la campaña, especialmente en el sitio de Cuautla." El decreto de 19 de Junio de 1823 lo declaró benemérito de la patria en grado heroico y mandó levantar un monumento á su memoria en el lugar donde fué ejecutado, pero aunque se empezó á preparar el terreno, no se siguió adelante la obra y hoy será difícil identificar ese lugar; en cuanto á sus restos, no se pudieron encontrar cuando en ese mismo año de 1823 se buscaron para llevarlos á la Catedral.



DON JOSE MARIA RAYON

Fué éste el tercero de los hermanos Rayón y nació en Tlalpujahua por los años de 1767 á 1769. Sólo hizo los estudios primarios y algunos superiores en el poco tiempo que permaneció en México al lado de sus dos hermanos mayores, Don Ignacio y Don Ramón.

Vuelto á su pueblo natal se dedicó á la minería y á la agricultura, y él fué el que atendió los intereses diversos que la familia tenía en Tlalpujahua y que en un tiempo ofrecieron tan halagüeña perspectiva, que se ha llegado á decir que allí adquirió aquella una gran bonanza. En 1810 se dejó convencer fácilmente por Don Ignacio para seguir la causa de la revolución y lo acompañó á Guadalajara, donde se dedicó principalmente al periódico "El Despertador Americano," que Hidalgo empezó á publicar; estuvo en la batalla de Calderón y en la expedición de retirada que los primeros caudillos hicieron hasta el Saltillo. Allí quedó definitivamente á las órdenes de su hermano Don Ignacio y lo acompañó en la retirada que emprendió á Zacatecas, mandando una pequeña parte de las fuerzas insurgentes.

Y en aquel mineral fué despachado por Don Ignacio, en compañía del padre Gotor, Capellán que había sido de Calleja, y de tres españoles, para que entregase al General español la exposición firmada por Rayón y Licéaga, en la que le daban cuenta del objeto de la revolución. Calleja recibió fría-

mente á los comisionados, no contestó á Rayón y puso preso á Don José María, al que tal vez hubiese fusilado, á no ser "por los influjos del Coronel Conde de Casa Real, quien le retribuyó de esa manera los servicios y buen trato que le debía en el tiempo que estuvo prisionero en poder de Hidalgo." No asistió Don José María á la acción del Maguey, por la circunstancia de estar detenido, y se dirigió resueltamente á Michoacán, uniéndose á Don Ignacio en Tuzantla y contribuyendo á las fortificaciones y defensa de la Villa de Zitácuaro, así como á que se instalase la Junta. Peregrinó con ella algún tiempo y al fin quedó en Tlalpujahua con el carácter de Comandante interino del Cantón, mientras el propietario, Don Ramón, expedicionaba por Guanajuato, y Don Ignacio iba á Huichápam. Escaseando el numerario en el campo insurgente, Don José María estableció en Tuxpan una fábrica de moneda que en poco tiempo fabricó reales, medios y pesetas que se necesitaban. En Diciembre se incorporó con su batallón á los de sus hermanos, con el objeto de reconocer las fortificaciones del cerro del Gallo, mas como se tuviese temor de un ataque de los realistas, salió á expedicionar por las inmediaciones y tuvo ligeras escaramuzas con las pequeñas partidas que merodeaban por el rumbo.

Acompañó parte del camino á su hermano Don Ignacio cuando fué á arreglar sus diferencias con Verduzco, y después de esta desgraciada expedición en que se vieron atacados los hermanos por fuerzas superiores, se encargó de custodiar las familias, archivos é intereses en el campo del Gallo, pero amenazada de cerca esta fortificación, salió con aquellas para la Tierra Caliente y se situó en Huetamo, al otro lado de las Balsas, donde ya no llegaba la jurisdicción virreinal. En unión de Don Ramón se dirigió á la isla de Pacanda, en la laguna de Pátzcuaro, para reconocerla y decidir si era fortificable ó no, pero la activa persecución que les hacían los realistas les impidió permanecer más tiempo allí; durante el tiempo de que pudieron disponer se ocuparon en arreglar el viaje á Chilpancingo

para que Don Ignacio ocupase se puesto en el Congreso, y el 2 de Noviembre (1813), que llegó á aquella población, presentó una pequeña división bien vestida, limpia y disciplinada que nada tenía que envidiar á los veteranos que obedecían á Morelos.

No acompañó á Don Ramón en su expedición á Oaxaca, sino que permaneció en Michoacán, y más especialmente en Tlalpujahua, y durante varios meses permaneció en la inacción ó ocupado en fabricar armas y municiones que depositaba en Cópore, lugar que se empezó á fortificar en 1814. Estaba en ese punto cuando Llano é Iturbide lo atacaron, y contribuyó á rechazarlos; siguió en él durante algún tiempo, pues parece que estaba disgustado con Don Ignacio, y poco salió á expedicionar por las cercanías y aun parece que al fin, aquejado por una enfermedad del cerebro, acabó por dejar las armas. Sea como fuere, no se encontraba en Cópore cuando aquella fortaleza se rindió (7 de Enero de 1817), después de siete meses de continuo asedio, pero la capitulación lo comprendió á él así como á todos sus hermanos. En una de las continuas disidencias que promovió Don Ignacio Rayón y á las que arrastró á sus hermanos, Don José María cayó prisionero de los mismos insurgentes, que lo tenían preso en Patambo desde Agosto, de orden de la Junta de Jaujilla. A ese lugar fué conducido Don Ignacio, aprehendido por Bravo de orden de la misma Junta, en 1817, y cuando los realistas pasaron el río en pos de éste y del Doctor Verduzco, aprehendieron á todos y al mismo Don Nicolás Bravo, que los cuidaba, no habiéndolo hecho con Don Pedro Villaseñor, por haber conseguido escapar á tiempo.

Don José María, que había perdido completamente la razón, estaba con su esposa y sus cuatro hijos, todos los cuales quedaron en libertad por las diligencias de Don Ramón y de Don Rafael, que hicieron presente estar comprendido en la capitulación de Cópore y que además estaba demente; llevado á Tlalpujahua permaneció allí varios años, y habiendo recobrado la razón y

quedado viudo, hizo los estudios necesarios para sacerdote y se ordenó ya realizada completamente la Independencia. Pocas noticias se tienen ya de su vida, y se sabe únicamente que en 1836 era Canónigo de la Catedral de Morelia y que algún tiempo después fué Gobernador del Obispado de Michoacán; ignoramos la fecha de su muerte.

Don José María era admirador de su hermano Don Ignacio, al que siguió casi siempre, y con él conservó mejores relaciones fraternales que con Don Ramón y Don Rafael, que á su turno casi siempre estuvieron unidos. Las penalidades y trabajos que sufrió después de la rendición de Cóporo y las tristes circunstancias á que se vió reducido y que lo obligaron á ir á impetrar auxilios de la Junta de Jaujilla, fueron las causas de su demencia, la que empezó con manifestaciones de violencia, de las que fueron objeto los miembros de esa Junta.



DON MIGUEL BRAVO

Fué el segundo de los hermanos Bravo que se lanzaron á la revolución en Mayo de 1811 cuando las fuerzas de Morelos, mandadas por Galeana, se presentaron en la hacienda de Chichihualco. Sea porque el Sr. Morelos descubriese en él algunas aptitudes guerreras ó porque lo viese persona formal y con hábito de mandar, le dió desde luego el mando de una pequeña fuerza en el ataque que dió pocos días después á Chilpancingo, y lo utilizó en las ocupaciones de Tixtla y de Chilapa. En Chautla Don Miguel recibió el mando de un Cuerpo de cuatrocientos hombres, con el que debía dirigirse á Oaxaca, y llevó como segundos á Don Valerio Trujano y á Don Julián Avila, y al principio no encontró enemigos; en Ometepec se encontró con Páris, que le hizo prisionero al Mariscal padre Don José Antonio Talavera, que fué remitido á Oaxaca: el 29 de Enero de 1812 se libró la batalla en la que Bravo quedó derrotado, á pesar de que se defendió valerosamente é hizo funcionar con acierto el único cañón que tenía y que le fué quitado á la bayoneta; también perdió al Capitán García y á dos oficiales, que fueron fusilados. Frustrada de esa manera la expedición á Oaxaca, Bravo regresó á Izúcar, y el 8 de Febrero entró en Cuautla con su división ya convenientemente reforzada, pues constaba de cuatrocientos hombres de infantería y caballería y tres cañones; Trujano se ha-